

Vida de Mina. Guerrillero, liberal, insurgente. Reseña

Trama Editorial, Madrid, 2008 (436 páginas).

RESEÑA

**Pedro Pérez
Herrero**

Departamento
de Historia II,
Universidad de Alcalá

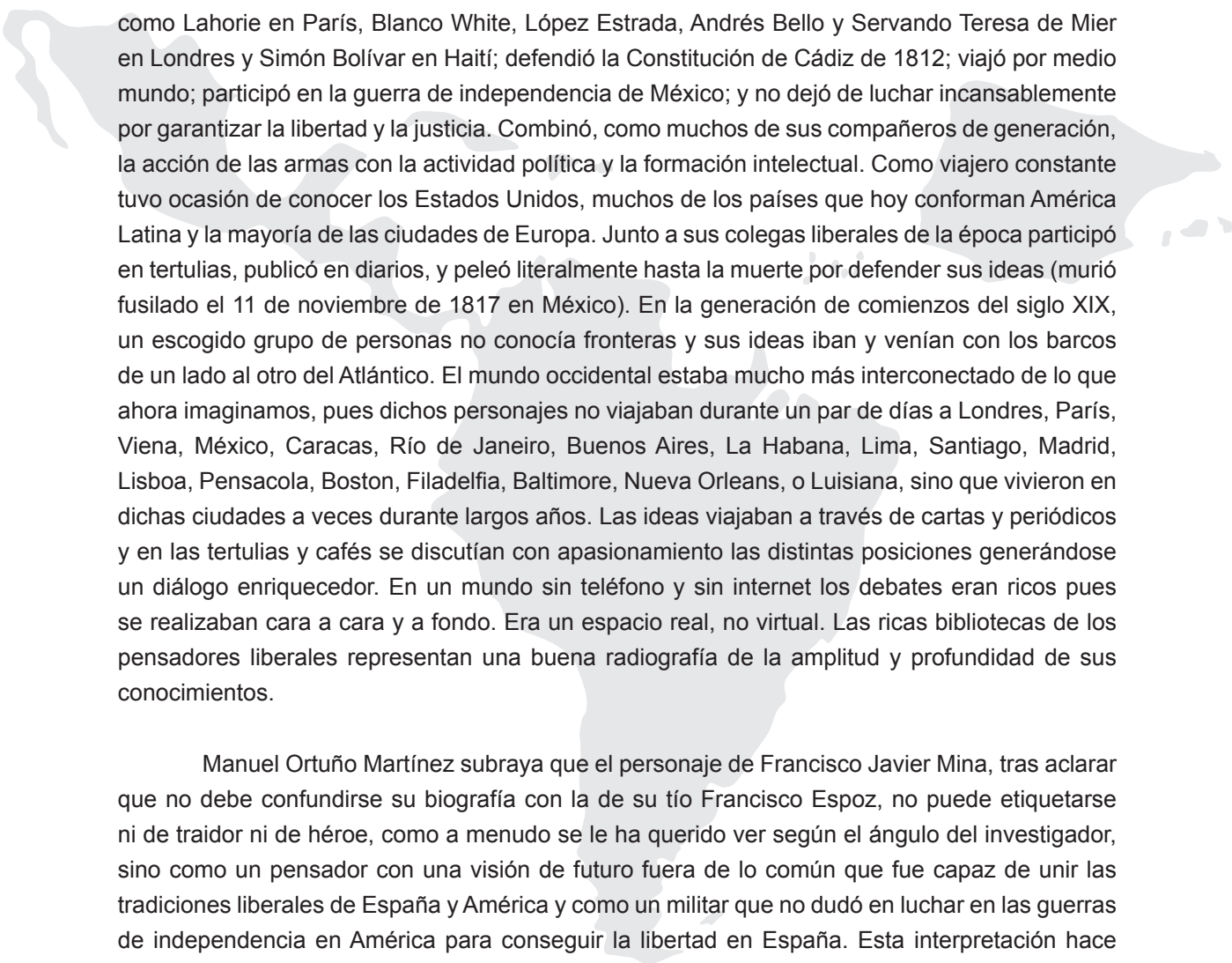
pedro.perezherrero@uah.es

Durante el año de 2008 se han editado múltiples libros y artículos sobre las independencias en América Latina y España; celebrado conferencias y debates; organizado congresos internacionales; dictado cursos monográficos; y se han inaugurado exposiciones de todo tipo a ambos lados del Atlántico. Incluso han aparecido películas y novelas sobre el tema aprovechando la coyuntura. Entre todo este cúmulo de actividades destaca con luz propia la reciente publicación de la obra de Manuel Ortuño Martínez sobre la Vida de Mina. No se trata de un libro coyuntural que sale a la luz aprovechando los fastos de las actividades programadas para la “celebración de los bicentenarios”, ni una mera biografía sobre un personaje. Es el resultado de muchos años de trabajo, de reflexión profunda y de una labor paciente y constante de reunión de información por muchos archivos y bibliotecas de todo el mundo para tratar de comprender la complejidad del pensamiento liberal hispano durante la primera mitad del siglo XIX. El objeto de estudio está bien seleccionado, las fuentes con la que trabaja el autor son las adecuadas y el enfoque es el apropiado. No cae en la tentación de realizar una hagiografía, sino de subrayar cómo un individuo luchó por la libertad a ambos lados del Atlántico, poniendo con ello de relieve con sumo acierto que las historias de España y de los diversos países que conforman la actual América Latina no deben entenderse a espaldas unas de otras, sino en un entrelazado conjunto de influencias que fueron y siguen haciéndolo permanentemente en múltiples direcciones. Debe terminar de contarse una historia de vencedores y vencidos (independientemente del lado que nos situemos), colonizadores y colonizados, para transitar a otra de interacciones recíprocas. El Atlántico debe ser entendido como un mediterráneo con la vocación de interconectar a los países ribereños; un océano en cuyas orillas se fue gestando una historia compartida con diferentes ritmos y perspectivas; y un espacio que permitió el desarrollando de experiencias diversas dentro de un amplio marco de acción. Una historia poliédrica en vez de enfrentada como se nos ha querido presentar.

DOI

DOI: 10.3232/
RHI.2008.V1.N1.06

La historia de Xavier Mina (conocido en México como Francisco Javier) es especial por diversos motivos como pone de manifiesto de forma magistral el autor. Fue fundador del Corso terrestre de Navarra; participó en la guerra de independencia de España contra la invasión napoleónica; estuvo preso en París; tuvo una sólida formación liberal de la mano de maestros de renombre



como Lahorie en París, Blanco White, López Estrada, Andrés Bello y Servando Teresa de Mier en Londres y Simón Bolívar en Haití; defendió la Constitución de Cádiz de 1812; viajó por medio mundo; participó en la guerra de independencia de México; y no dejó de luchar incansablemente por garantizar la libertad y la justicia. Combinó, como muchos de sus compañeros de generación, la acción de las armas con la actividad política y la formación intelectual. Como viajero constante tuvo ocasión de conocer los Estados Unidos, muchos de los países que hoy conforman América Latina y la mayoría de las ciudades de Europa. Junto a sus colegas liberales de la época participó en tertulias, publicó en diarios, y peleó literalmente hasta la muerte por defender sus ideas (murió fusilado el 11 de noviembre de 1817 en México). En la generación de comienzos del siglo XIX, un escogido grupo de personas no conocía fronteras y sus ideas iban y venían con los barcos de un lado al otro del Atlántico. El mundo occidental estaba mucho más interconectado de lo que ahora imaginamos, pues dichos personajes no viajaban durante un par de días a Londres, París, Viena, México, Caracas, Río de Janeiro, Buenos Aires, La Habana, Lima, Santiago, Madrid, Lisboa, Pensacola, Boston, Filadelfia, Baltimore, Nueva Orleans, o Luisiana, sino que vivieron en dichas ciudades a veces durante largos años. Las ideas viajaban a través de cartas y periódicos y en las tertulias y cafés se discutían con apasionamiento las distintas posiciones generándose un diálogo enriquecedor. En un mundo sin teléfono y sin internet los debates eran ricos pues se realizaban cara a cara y a fondo. Era un espacio real, no virtual. Las ricas bibliotecas de los pensadores liberales representan una buena radiografía de la amplitud y profundidad de sus conocimientos.

Manuel Ortuño Martínez subraya que el personaje de Francisco Javier Mina, tras aclarar que no debe confundirse su biografía con la de su tío Francisco Espoz, no puede etiquetarse ni de traidor ni de héroe, como a menudo se le ha querido ver según el ángulo del investigador, sino como un pensador con una visión de futuro fuera de lo común que fue capaz de unir las tradiciones liberales de España y América y como un militar que no dudó en luchar en las guerras de independencia en América para conseguir la libertad en España. Esta interpretación hace que el libro se convierta en un pilar importante de la nueva historiografía que está poniendo de manifiesto que no se puede comprender la historia de España a comienzos del siglo XIX sin estudiar la evolución de los acontecimientos de todas las partes que integraban la Monarquía imperial hispana a finales del siglo XVIII, dando la vuelta así a la tradicional explicación que sostuvo durante decenios que la historia de América debía entenderse bien como una extensión de la española (historiografía hispanista) o bien como el resultado de un enfrentamiento de las colonias contra la Metrópoli (historiografía latinoamericana). Este nuevo planteamiento está ayudando a superar las visiones nacionalistas que se construyeron durante el siglo XIX para dotar de contenido y legitimidad a las jóvenes repúblicas nacientes; al mismo tiempo que a recuperar figuras de la altura de Francisco Javier Mina que habían sido incomprendidas hasta la fecha.

El autor con acierto recuerda que Mina llegó tarde a México (tras haber muerto Morelos y haberse disuelto el Congreso) por lo que su potencial apoyo no pudo ser aprovechado convenientemente; y que regresó demasiado pronto a España (dos años antes de la revolución de Riego), por lo que sus discursos e ideas no fueron convenientemente comprendidos. El plan que ideó con sumo cuidado durante varios años en Londres y Estados Unidos con la ayuda y el apoyo de personajes relevantes (Lord Holland, general Scott) consistía en apoyar las luchas por la libertad en América (apoyando sin dudarle en concreto el plan de Morelos) a fin de derrotar el sistema imperial hispano y en particular las formas de poder características de las sociedades de Antiguo Régimen. Según Xavier Mina la liberación de América se debía traducir de forma automática en el comienzo del final del absolutismo en España. La libertad de América y España se presentaban para Mina como un objetivo interconectado, no pudiéndose en consecuencia entenderse de forma separada y menos aún enfrentado.

La abdicación de Fernando VII en Bayona (1807) a favor de José Bonaparte, entendida por muchos vasallos de la Monarquía imperial hispana como un acto de traición del Monarca, dio lugar a una fragmentación del nexo que unía a las distintas piezas del conjunto. Se interpretó en la época que la legitimidad de la soberanía recaía a partir de entonces en los “ciudadanos legalmente constituidos” (esto es, los ayuntamientos y las corporaciones y las comunidades étnicas). La tesis no era nueva, sino que procedía del siglo XVI (Vitoria, Suárez, Menchaca, Mariana, etc.). En consecuencia, no fue extraño comprobar que cada ayuntamiento reclamara perpetuar los derechos que consideraba habían sido afectados. Descabezada literalmente la Monarquía, las piezas del sistema imperial recuperaron su autonomía y libertad. Cada uno de los reinos estaba conectado directamente con la Corona, y no entre sí. El malestar social y las tensiones entre los distintos grupos representaron un caldo de cultivo inigualable para impulsar los movimientos de independencia, pero no pueden seguir interpretándose como la causa automática de los mismos, ni menos aún como la razón que impulsara la fragmentación de la Monarquía imperial hispana. La mayoría de los campesinos, comunidades, pagadores de impuestos, y vecinos de las ciudades de ambos lados del Atlántico querían solucionar sus problemas concretos, pero no tenían claro si con sus reclamaciones estaban impulsando una revolución modernizante que se tradujera en una transformación de las estructuras sociales, políticas, económicas, y menos aún identitarias; o si, por el contrario, estaban luchando por preservar unos privilegios y favores que no querían perder. Sólo unos pocos liberales bien formados, como fue el caso de Xavier Mina, tuvieron una idea clara de qué mundo había que construir y cómo había que hacerlo. Prueba de que su clara visión de futuro y su apuesta por luchar por la libertad no eran compartidos por muchos hizo que acabara siendo fusilado y tratado incluso como un traidor por unos y otros, cuando en realidad fue (como se indica en el título del libro) un liberal convencido, un guerrillero valiente y un insurgente indomable.

Tras 200 años de compartir experiencias y tradiciones, Iberoamérica necesita repensar el proyecto político que se originó con motivo de los acontecimientos de 1808. Los historiadores sabemos bien que estudiando el pasado y evaluando la veracidad de algunos de los estereotipos que nos ha legado la memoria histórica, se puede comprender con más profundidad los problemas del presente, estando en consecuencia en mejores condiciones para poder imaginar los posibles escenarios de futuro desprendiéndonos de algunos de los estereotipos del pasado que nos han contado o que hemos narrado nosotros mismos. El reciente libro publicado por Manuel Ortuño Martínez es sin duda una pieza clave para entender los derroteros por dónde camina la nueva historiografía.
